

Estimads amigs del ITP,

la pandemia nos sigue planteando enormes desafíos a la hora de planear nuestras actividades. Estamos convencids de que los intercambios digitales y los seminarios en línea son útiles, pero no pueden sustituir las reuniones físicas. Por ello procuramos, en la medida de lo posible, realizar nuestras actividades de forma presencial, y nos manifestamos con firmeza contra la digitalización de nuestros mundos vitales, que reduce fatalmente la calidad de nuestras relaciones y las aplanas por su bidimensionalidad.

En el Evangelio observamos cómo se quiere hacer fecundo el mensaje de Jesús para una vida en común. Vemos también con frecuencia que el toque físico de

Jesús levanta las exclusiones sociales y reintegra a las personas en la comunidad. En este sentido, nos parece necesario “volver a las raíces” y “revitalizar” la lectura materialista de la Biblia. En los países de habla alemana, Kuno Füssel y Hartmut Futterlieb dieron a conocer este enfoque de la exégesis bíblica desarrollado por Fernando Belo y Michel Clévenot a finales de los años 70. En los próximos meses, junto con Kuno Füssel, tendremos varias sesiones introductorias a la lectura materialista de la Biblia, para orientarnos en el horizonte teológico de la liberación ante las crisis globales.

Buena lectura y ¡felices Pascuas!

El equipo del ITP

Comentario sobre el Camino sinodal de la Iglesia católica alemana

Benedikt Kern

La crisis de la Iglesia católica es muy grave. Los abusos, su encubrimiento institucional y los profundos enredos de culpabilidad de muchos funcionarios medios y superiores de la jerarquía y la administración eclesiástica son en parte responsables de la rápida erosión que padece la institución desde hace décadas.

Proceso de aprendizaje sinodal

El Camino Sinodal (2019-2023) de la Conferencia Episcopal Alemana y el Comité Central de los Católicos Alemanes apunta a reformas en las 4 áreas problemáticas centrales: el poder y la separación de poderes en la Iglesia, la moral sexual, la vida sacerdotal y las mujeres en los ministerios y cargos de la Iglesia. Estas cuatro áreas deben ser cuestionadas de raíz, porque muestran un profundo cruce de las estructuras clericales de poder y la teología premoderna. En un proceso sinodal, cuestionar las doctrinas supuestamente inmutables en materia de moral sexual o de comprensión del ministerio puede ser un campo de

aprendizaje en el camino hacia una iglesia sinodal. Esto es ya un gran paso adelante que los movimientos de reforma de la Iglesia llevan exigiendo desde hace décadas.

¿Y los "signos de los tiempos"?

Con todos estos esfuerzos de modernización, es inevitable que la mirada se dirija principalmente a las estructuras eclesiásticas internas y que se busquen allí los desafiantes "signos de los tiempos". Pero, ¿se plantea la cuestión del clericalismo con suficiente seriedad? La práctica bíblica del discipulado en el capitalismo global no parece discutirse aquí de forma central. Por eso, este proceso se queda corto en relación con el Sínodo de Würzburg, cuyo documento "Nuestra esperanza" (1975) planteó cómo debe la Iglesia afrontar los "signos de los tiempos" de acuerdo con el Evangelio: "Las promesas del Reino de Dios no son indiferentes al horror y al terror de la injusticia y la esclavitud terrenales que destruyen el rostro del hombre. ... El reino de Dios no es indiferente a los precios del

comercio mundial".

El Camino Sinodal no da esas respuestas desde el Evangelio. De ahí que tenemos que preguntarnos cuándo se discutirá finalmente el significado de la práctica del Reino de Dios y del seguimiento de Jesús hoy en día frente al capitalismo patriarcal, la catástrofe climática, el autoritarismo, el cierre de fronteras y las nuevas guerras.

La crisis múltiple del mundo no puede simplemente desligarse de la nueva orientación de la Iglesia. "Esto no pide a gritos una Iglesia 'en el capitalismo', como pretenden los reformistas de inspiración posmoderna, sino una Iglesia que deslegitime su dominio 'en el



capitalismo' y busque formas de superarlo" (Red Rhein-Mosel-Saar).

Conversión y no adaptación

En este contexto, es muy corto de miras impulsar una reforma eclesiástica en sentido de una modernización liberal. En este sentido, sería lamentable que el afán de autoconservación institucional solo buscara

adaptarse a las circunstancias sociales vigentes.

La Iglesia católica ya reconoce la diversidad de identidades sexuales y es más justa y democrática en materia de género. Pero es necesario tener en cuenta que la democratización debe traer consigo una verdadera justicia global y superar la opresión y la explotación.

De lo que se trata es de una conversión al mensaje bíblico, a su proclamación radical y a la práctica de la justicia del Reino de Dios. Sólo así podremos llegar a una iglesia que sea una comunidad organizada de discipulado más allá de la iglesia constantiniana. ★

La Casa Común, lugar para un ecumenismo de movimientos

Julia Lis



En la 11ª Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias se debatirán cuestiones como la crisis climática, las consecuencias globales de la pandemia y la creciente normalización de las políticas bélicas. No queremos dejar el debate en manos de los funcionarios de la Iglesia, sino tomarlo en nuestras manos en un espacio alternativo y ecuménico para los movimientos.

Los cristianos como parte de los movimientos sociales

La historia de la teología de la liberación ha mostrado que es necesario que las iglesias rompan con las condiciones reinantes y con quienes estabilizan y apoyan esas condiciones a través de su ostensible neutralidad. Fue así como muchos cristianos se sumaron a quienes habían declarado la guerra a las condiciones capitalistas desde partidos, sindicatos o movimientos de izquierda.

Lamentablemente, hoy en día hay

pocas pruebas de esas alianzas concretas. Muchas personas que iniciaron su compromiso con una motivación cristiana han dado la espalda a las iglesias y se han integrado en los movimientos al margen de su práctica religiosa. Aunque sigue habiendo una minoría que se siente vinculada a los objetivos del proceso conciliar y apoya el compromiso con la paz, la justicia y el cuidado de la creación, buena parte está bastante alejada en su vida cotidiana de los desafíos, discusiones y debates que tienen lugar en los movimientos sociales.

¿Resistencia cristiana?

Muchos cristianos piensan que su propia resistencia es de alguna manera superior a la de los demás, porque consideran que es más profunda, más espiritual, más humanitaria, más amante de la paz que la de la gente "común" de los movimientos. A menudo se trata de una arrogancia que va unida a la comodidad y al miedo de entrar en contacto con los otros. Muchos tienen la sensación de que es suficiente implicarse en las cuestiones sociales en el espacio de las iglesias y, fuera de ese espacio, tratan con personas que no son muy diferentes en su lenguaje, posición social y apariencia de las que existen en la comunidad de fe.

Aliados confiables

Para una verdadera alianza con los

movimientos sociales, es necesario cambiar de perspectiva: los cristianos deben preguntarse si pueden apoyar los movimientos sociales y participar en su compromiso, es decir, con las feministas en sus protestas globales, con las personas que se oponen a la catástrofe climática con acciones de desobediencia civil y con quienes luchan contra la producción de formas y relaciones autoritarias en nuestras sociedades. Para ser aliados confiables, no debemos explicar a los demás cómo creemos que debe ser una protesta "real", sino escuchar para conocer las demandas, dificultades, métodos y necesidades de quienes participan en los movimientos.

Escuchar es un primer paso, pero hay que ir más allá. Por ello esperamos dar pasos con muchas personas en nuestra Casa Común, no sólo para hablar de las diversas luchas, sino para buscar juntos estrategias que permitan a los cristianos y las iglesias ser parte de esas luchas. Sólo entonces podremos realmente lograr cambios que hagan de nuestro mundo un lugar habitable, de vida en abundancia para todos y todas. ★

Comentarios y sugerencias:
puertas@itpol.de

Un nuevo cristianismo, una nueva teología

Michael Ramming

En abril de 1972 se celebró en Santiago de Chile el primer encuentro latinoamericano de Cristianos por el Socialismo. Más de 500 representantes de todos los países latinoamericanos se reunieron para debatir el futuro de sus países y los retos de la teología de la liberación. La importancia de este encuentro se refleja en el discurso que pronunció el ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Clodomiro Almeyda, durante la inauguración, en el que señaló el papel especial de los cristianos y la Iglesia en Chile, al lograr desvincular a la Iglesia como institución del "egoísmo y los intereses asociados a la sociedad capitalista". Temas destacados del encuentro fueron el papel de los cristianos en los procesos de liberación y el análisis de la realidad y sus retos, así como la relación con la iglesia oficial y el significado de la religión en general. Muchas personas creían que tanto el "reformismo cristiano" como la ética social cristiana habían fracasado, como subrayó en su saludo el obispo mexicano Méndez Arceo.

Cada país preparó su informe y se debatieron cuestiones como la dependencia y el subdesarrollo, las alianzas estratégicas entre cristianos y marxistas, el campesinado o el papel de la mujer en los procesos de cambio en América Latina. A pesar de las diferencias, todos estuvieron de acuerdo en que los cristianos no debían desempeñar un papel especial en las diferentes luchas, sino solo participar en ellas.

No instrumentalizar el cristianismo

Aunque no se buscaba una confrontación con la jerarquía, los participantes tenían claro que su concepción de un cristianismo liberador difícilmente encontraría expresión en la iglesia oficial y sus formas tradicionales. Para la mayoría era obvio que su práctica les llevaría a una reinterpretación de la Biblia y de otras tradiciones cristianas. También coincidían en que era necesaria una alianza entre cristianos y no cristianos cuyo terreno común es la práctica política y el objetivo de la liberación de la opresión y la alienación, es decir, la superación de las relaciones capitalistas. Hicieron hincapié en que no se trataba de instrumentalizar la fe con fines políticos, sino que veían en ella una orientación fundamental hacia la liberación del ser humano que aún debía ser descubierta, porque no era posible una comprensión apolítica y neutral de la fe.

Los cristianos no deben ser cobardes...

En la declaración final del encuentro, se afirmó de manera impresionante: "Al separarnos de este encuentro, volvemos a nuestras tareas con un renovado espíritu de compromiso y hacemos nuestras las conocidas palabras del Che Guevara, que en estos días de algún modo hemos puesto en práctica: 'Los cristianos deben optar definitivamente por la revolución y muy en especial en nuestro continente, donde es tan importante

la fe cristiana en la masa popular; pero los cristianos no pueden pretender, en la lucha revolucionaria, imponer sus propios dogmas, ni hacer proselitismo para sus iglesias; deben venir sin la pretensión de evangelizar a los marxistas y sin la cobardía de ocultar su fe para asimilarse a ellos".

Con el encuentro, la naciente teología de la liberación se había hecho oír por primera vez como movimiento latinoamericano, y obtuvo una respuesta mundial. El movimiento no sólo propuso una forma completamente nueva de reflexión cristiana sobre las condiciones del mundo en términos teológicos, filosóficos y científico-sociales, sino que también demostró, por la diversidad y amplitud de los participantes, el surgimiento de una nueva Iglesia "católica". Cualquiera que quiera entender realmente la teología de la liberación no puede evitar un examen de este encuentro, sus temas, sus esperanzas y sus teologías.

Este proceso no sólo molestó a los sectores conservadores de la Iglesia. Después de la conferencia de Medellín, en 1968, el enviado del gobierno estadounidense informó: "¡La Iglesia de Medellín ya no es un aliado! Peor aún, es nuestra adversaria. Debemos luchar contra ella." Pero la lucha violenta contra la TL y el cristianismo liberador es otra historia. ★

¿Giro a la izquierda en América Latina?

Pilar Puertas

Al empezar este siglo, coincidieron en América Latina una serie de gobiernos calificados de izquierda que dieron prioridad a las políticas

sociales, promovieron procesos de integración regional, impulsaron el papel activo del Estado en la gestión económica y lograron que

las economías de sus países crecieron, sacando a millones de personas de la pobreza extrema. Aprovecharon para ello el alto

precio de las materias primas en el mercado internacional. Aunque no lograron introducir una política fiscal eficiente, que ayudara a reducir la desigualdad, tuvieron logros muy importantes, si consideramos que la región es la más desigual y una de las más pobres del mundo. Al inicio, estos gobiernos contaron con el apoyo de los movimientos indígenas, ecologistas y feministas, pero posteriormente hubo fuertes conflictos debidos a la destrucción del medio ambiente, causada por el modelo extractivista, y al escaso interés de la izquierda en América Latina en temas como el feminismo y la diversidad sexual.

A mediados de 2014, al caer los precios de las materias primas, cayeron también los recursos que impulsaban el crecimiento en la región, iniciándose un proceso de recesión que muy pronto se tradujo en un hondo malestar social, al que contribuyeron varios casos de corrupción en los gobiernos progresistas. La derecha aprovechó el descontento para regresar al poder y dar inicio a un nuevo ciclo de gobiernos que revirtió los logros sociales y reimpulsó el modelo neoliberal. América Latina vivió una de las peores crisis de su historia: aumentaron la pobreza, la desigualdad en la distribución del ingreso y la violencia estructural; se incrementó la desigualdad en el acceso a la salud, la educación y la protección social; creció el mercado laboral informal y el desempleo; aumentó la discriminación contra los pobres, las mujeres, los indígenas y los afrodescendientes; creció la violencia y la inseguridad. El descontento se manifestó en protestas masivas en varios países. Con la llegada del Covid-19, los desequilibrios económicos, sociales y ambientales se multiplicaron, y la pobreza y la desigualdad llegaron a niveles escandalosos. A pesar de las medidas sanitarias, en los últimos dos años las protestas se extendieron por todo el continente y

se dio un aumento significativo en el número y el alcance de los movimientos anticapitalistas, sobre todo el ambientalista y el feminista. Destaca de manera especial el movimiento chileno, que ha tenido logros extraordinarios: la Convención Constitucional en curso; el hecho de que más de un tercio de los constituyentes sean representantes populares y de los pueblos originarios; la inclusión de temas importantes en la agenda de los movimientos sociales en la nueva constitución, etc. Una vez más, Chile se ha convertido en signo de esperanza para los pueblos latinoamericanos.

Las elecciones recientes en Bolivia (2020), Perú (2021), Honduras y Chile (2022), han dado lugar a innumerables discusiones sobre si América Latina está iniciando un nuevo "giro a la izquierda", en una tendencia que apareció antes del estallido de la crisis sanitaria, con las elecciones presidenciales en México (2018) y Argentina (2019). Este año también habrá elecciones en Colombia y Brasil, y es probable que ambos países se sumen a dicho "giro a la izquierda" latinoamericano.

Por supuesto que es deseable que los nuevos gobiernos mejoren las condiciones de vida de la población pero, en un mundo cada vez más globalizado, ¿cuánto margen de acción tienen realmente para generar cambios en el modelo económico, las condiciones laborales, la educación y la salud? Algunos gobiernos sólo pudieron instalarse mediante alianzas con grupos conservadores que les permitieron alcanzar la mayoría legislativa necesaria para gobernar, pero que no aprobarán proyectos de reforma fiscal; por otra parte, las elites ejercen una poderosa influencia en la política, y con certeza bloquearán leyes y reformas que puedan limitar sus privilegios. La clase media tampoco ayudará mucho, pues está más

preocupada en mantener su posición y sus oportunidades de consumo que en promover la justicia social. Podemos concluir entonces que, en general, la capacidad transformadora de los actuales gobiernos de "izquierda" latinoamericanos es muy reducida.



Por último, me gustaría señalar que en todas partes se habla de "la izquierda" en América Latina, sin que quede claro de qué se está hablando realmente. ¿Qué significa ser de izquierdas hoy en día? Hay palabras que están tan gastadas que nuestra tarea debe ser recuperar su significado. En mi opinión, el calificativo "de izquierda" le queda a la mayoría de estos gobiernos demasiado grande, especialmente si consideramos sus resultados en materia de justicia social.

Considero que, en América Latina, no podemos depositar nuestras esperanzas arriba, sino más bien abajo, en la gran variedad de grupos y movimientos que se están organizando y articulando para buscar juntos alternativas que disminuyan la desigualdad, que construyan una verdadera democracia y que terminen con el hambre y la pobreza. ★

Instituto de Teología y Política
Münster, Alemania